

de las masas populares: son Lima y Buenos Aires» (págs. 95-96). Por ejemplo, culminada la independencia peruana, y la americana, en 1921 (en realidad, fué lograda con Sucre en 1924), «Lima envía a toda su zona de influencia cultural un nuevo grupo de danzas picarescas, esta vez conocidas y de bien documentado trasplante: son la Mariquita, la Zamacueca, la Resbalosa, el Bailecito, etc. El Gato, también peruano, vino a la provincia de Buenos Aires antes de la revolución peruana» (pág. 97).

Muchos ven en el baile popular un desfogue de instintos. Acudamos, para morigerar esta apreciación, a Schiiler: «El dominio del espíritu se extiende hasta donde llega la naturaleza viviente y no termina sino donde la vida orgánica se pierde en la informe y cesan las fuerzas animales» («De la gracia y la dignidad», Instituto de Estudios Germánicos, Buenos Aires, 1937, pág. 52).

Hay mucho que hacer en musicología. Una de las tareas, a la par que la de documentar, es la de difundir y divulgar los motivos y aires musicales de nuestras veinte patrias. Si la Literatura ha llegado a decir con Hesse: «¡Las palabras matan las ideas! ¡Dejémoslas vivir!», la Música no ha expresado nada análogo. La decadencia, en Música, está muy lejana. Hasta que se aproxime—los Ciclos Spenglerianos adquieran vigencia relativa—alleguémonos a lo más íntimo del pueblo y del arte: la Música, porque únicamente escuchando el propio corazón puede uno hablar del arte sin empequeñecerlo.—ROSENDO MAGNI.



<https://doi.org/10.29393/At274-30ATMS10030>

ARCO DE TRIUNFO, por *Erich María Remarque*

Concluída la Primera Guerra Mundial, un grupo de escritores de diversas nacionalidades, expusieron con muy parecida manera, esa «debañe» que toda guerra entraña. Henry Barbusse,



con «El Fuego», abandonando el grandilocuente modo de Zola, mostró el aspecto doloroso y descarnado de todo conflicto. «Trincheras», de Carlos Salsa, cumplió igual función desde el lado italiano. Sin embargo, ni éstas ni cualesquiera otras impresionaron por su fría objetividad y su descarnado realismo, como lo hiciera en «Der Triumph Bogen», Erich María Remarque. Y es que «Sin novedad en el frente» caló muy hondo en la superexcitada sensibilidad del público lector de post-guerra. Su oportunidad, su perentorio mensaje a los de las barricadas, lograron más de lo que muchas producciones de gárrula y desahorada literatura, consiguieron.

Esta novela fué la primera de una trilogía que completaron: «De regreso» y «Tres camaradas». Con ellas se tiene una visión de la Alemania que fué, esperanzada, a la guerra, la Alemania que retornó vencida y la que sufrió el cortejo de consecuencias de toda derrota.

Estas tres obras constituyen lo que podríamos llamar *primera fase* del novelista alemán. Porque «Arco de triunfo» (Editorial Castelar. Buenos Aires, 1946) cuya versión castellana acabamos de leer en una traducción de Selma Pereyra de Calimani, define ya una *segunda fase*. Y no es que su estilo sea diferente (o cual es muy cierto) o el tema varíe (circunstancia accesorias), cuanto que en esta obra el autor postula y logra objetivos más ambiciosos que en las ya mencionadas.

En efecto, con esta novela, Remarque consigue resultados poco frecuentes. Anotemos entre las características excelentes de la obra, las siguientes: trama sin rebuscamientos, delineamiento de caracteres con maestría suma (Ravic, Jeanne, Morosow, y, tal vez, Duval o Rolande), sobriedad en la expresión y acotaciones imprescindibles.

Ravic, personaje central de «Arco de Triunfo», es un médico-cirujano alemán, cuyas convicciones democráticas le han valido torturas y reclusión a manos de la tristemente divulgada Gestapo. Evadido de un campo de concentración, habita en París



en uno de los hoteles que albergan a los refugiados que sufren persecución en sus patrias: polacos, republicanos españoles, alemanes, italianos, judíos, etc.

Ravic concita un interés que sólo habíamos experimentado por el «Wilhelm Meister» de su compatriota Goethe, o «Los Hermanos Karamazov». Con nombre supuesto, reemplazado por tercera vez, Ravic ejerce clandestinamente su profesión en dos clínicas francesas: la de Duval y la de Weber. Anotemos de paso que el primero le asigna porcentajes usurarios por sus operaciones (algunas de las cuales el autor describe con la precisión abrumadora que Barbusse usó para narrar la muerte en «El Infierno»). Sin embargo, en una oportunidad Ravic lo obliga, por motivos de urgencia, a que le entregue dos mil francos—Duval cobró diez mil—aún cuando «sabía que era difícil arrancarle dinero a un francés. Más difícil que a un judío. Un judío ve el negocio; un francés solamente el dinero que tiene que dar» (pág. 232). Ravic es despreocupado con el dinero, como lo es con su nombre. Simboliza—tal lo ha logrado el autor—una promoción de hombres que fijan su dignidad en valores más perennes que el apellido o el dinero. Sin parar mientes en una figuración efímera, Ravic *vive* su vida; y la vive plenamente, íntegramente. Con Jeanne, por ejemplo, entabla un romance cuya férrea ligazón se advierte a pesar de lo divergente de sus vidas. En una época preñada en incertidumbres ambos trasmontan sus fugaces encuentros y se aman. Se aman sin mezquindad, sin cálculos, Jeanne, mujer al fin, quiere estabilizar su amor. Ravic elude la incitación; pero—el libro lo delata—la ama como jamás amó, a pesar de que «la vida consiste en algo más que en canjes sentimentales» (pág. 38). Ravic, a diferencia de la mayoría de los hombres, no busca en Jeanne, la mujer ideal, ni la presentida, ya que «¿quién podría desear a alguien que fuera como uno mismo? ¿Quién pregunta por la moral en el amor?» (pág. 228).

Hay otro motivo fuerte de la novela: la venganza de Ravic



en la persona de un oficial de la Gestapo. La espera, la agonía tremante de los días, de las horas que le faltan, impregnan la obra de un desbordante caudal emotivo. Cuando Ravic lo elimina, en jerga popular, Remarque se luce en sus facultades de observador y auscultador de psicologías. Porque todo buen novelista es un consumado psicólogo. Díganlo si no «La estafa de cielo» de Werfel o la novelas—vidas de Maurois o Zweig. Algunos encontrarán sospechosa coincidencia el hallazgo de su enemigo por Ravic. Erich María Remarque, previendo esta reacción había advertido, renglones antes: «No era tan necio como para no creer en casualidades. Sólo en la buena literatura no había casualidades... la vida estaba llena de las más estúpidas» (pág. 477). Declaración con la cual, por lo demás, Remarque se alista en el bando de los que tratan de sorprender la vida en sus menores detalles antes que pertenecer a la élite de los llamados literatos. Su trayectoria de escritor, tengámoslo en cuenta, no lo desdice. Remarque, hay que hacerlo notar una vez más, es un señor novelista. Novelista de cepa, de profunda estructura e inquebrantable lógica interna, sabe—con Thibaudet—que la novela «es la antología de lo posible».

Por su parte, este vigoroso novelista alemán, no recurre a frases socorridas o al menor artificio. Poseído y compenetrado de su labor, es simple y sencillo. Ravic mismo lo dice en el Capítulo XIII de esta brillante novela: «Únicamente las cosas sencillas no nos desilusionan nunca. Y a la felicidad hay que buscarla bien abajo» (pág. 213).

Tales son, entre otros muchos, los quilates de esta pieza novelística de un concienzudo realizador.—MANUEL SUÁREZ M.

